

MARKUS GABRIEL

EL SER HUMANO
COMO ANIMAL

Por qué no encajamos del todo en la naturaleza

Traducción de
GONZALO GARCÍA

INTRODUCCIÓN

El ser humano se encuentra en un escenario de crisis complejo. Es obvio que nuestro hábitat, el mundo que nos rodea, el «medio ambiente» amenaza con hundirse bajo la presión de nuestra forma de vida moderna. Gracias a las ciencias naturales y la técnica por un lado hemos mejorado con celeridad nuestras condiciones de supervivencia, pero por el otro también las hemos empeorado con una rapidez aún mayor. Este dilema se agudiza más con cada crisis moderna.

Entre tanto el modelo de civilización de la Modernidad, que consiste en controlar por medio de las ciencias naturales y la técnica el problema de los recursos que la supervivencia de nuestra especie precisa, nos ha llevado al borde del autoexterminio. Los instrumentos con los que dominamos la naturaleza y la sociedad (la fuerza atómica, los automóviles, los aviones, los *smartphones*, la inteligencia artificial, los sistemas de armamento, internet, etc.) se han vuelto en contra de nosotros. Resulta ciertamente paradójico que nuestro conocimiento tecnológico, al que debemos internet, la inteligencia artificial y las redes sociales, sea al mismo tiempo la base gracias a la cual corren como un reguero de pólvora las noticias falsas, la propaganda y las ideologías conspiranoicas. Y similarmente, gracias a los automóviles, los aviones y el estilo de vida asociado a los combustibles fósiles estamos mejor interconectados que nunca y podemos interactuar con personas y culturas de ámbi-

tos espaciales muy distantes de los nuestros; pero también están sirviendo para destruir el medio ambiente común.

Resulta ilusorio querer solucionar la compleja crisis de nuestra Tardomodernidad mediante un «más de lo mismo».¹ Lo que necesitamos es, por el contrario, reorientar nuestra concepción de la naturaleza y del ser humano. Sobre todo ello versa este libro.

El punto de partida será el planteamiento de que los seres humanos somos animales. La filósofa francesa Corine Pelluchon ha sacado punta a la idea con una serie de libros en la que reclama concretamente una Nueva Ilustración cuyo centro lo ocupe el ser humano como animal.²

Esta Nueva Ilustración, en la que están comprometidas ya numerosas pioneras y pioneros³ del pensamiento en todos los continentes, no empieza por *la* naturaleza, sino por *nuestra* naturaleza. Se trata de volvernos a situar como seres vivos dotados de espíritu —es decir, el ser humano en su totalidad, pues en tanto que seres espirituales somos un híbrido de naturaleza y espíritu— en un centro del que hemos cometido el error de alejarnos debido a un concepto mecanicista del mundo como un sistema que en última instancia se consideraba controlable y predecible.

Esto a su vez vuelve a poner sobre la mesa una pregunta ya antigua que debemos plantearnos nuevamente: en realidad, ¿qué significa considerar al ser humano como un animal?

Es una pregunta muy importante porque el concepto de nosotros mismos como animales puede resultar esencial para los mecanismos de gestión sociopolítica del presente y el futuro. Es algo que se comprende con claridad si uno piensa en pandemias y otras catástrofes naturales: las enfermedades y el cambio climático (de origen humano) se conciben como males evitables por principio, que cabe subsanar a corto plazo con soluciones técnicas. Sin embargo tal cosa no se ha conseguido ni en el caso del SARS-CoV-2 ni desde luego en el del

cambio climático: hasta ahora han recibido un tratamiento casi exclusivamente *reactivo*, no *proactivo*.

Nuestros modelos predictivos y nuestras propuestas de solución se estrellan contra la dificultad de que estamos constituidos como animales que nunca podrán desvelar todos los secretos de su nicho ecológico, no digamos ya, controlar técnicamente ese nicho. En consecuencia debemos liberarnos de la ilusión de que, como directrices para esta era actual de crisis y catástrofes, nos bastará con combinar las ciencias naturales, la técnica y la política.

El progreso científico (en todas las disciplinas, incluidas las de las ciencias sociales y del espíritu) también nos permite ahondar en la cuestión de lo que desconocemos. El hecho de que las fronteras del conocimiento se amplíen diariamente no se traduce en que nos estemos acercando a la omnisciencia. Tal conocimiento absoluto no existe. Y tampoco va a dar frutos razonables administrar tecnocráticamente las condiciones de supervivencia del ser humano en sistemas complejos. La vida no se puede mantener bajo control y tampoco se la puede predecir, como ha puesto de manifiesto con toda claridad la pandemia vírica con sus múltiples variantes. Siempre conocemos tan solo fragmentos de nuestra propia forma de vida; el animal humano no podrá superarse mediante la técnica; el *Homo Deus* que, en el libro de tal título, el conocido historiador Noah Harari esbozó como supuesto ser humano del futuro nunca llegará.

Esto era algo que ya se sabía, desde Sócrates a Linneo, a quien le debemos que bautizara nuestra especie con el nombre de *Homo sapiens*: como no podemos llegar a una intelección total de nosotros mismos, los modelos que nos forjamos, y nos resultan imprescindibles para entendernos, son propensos al error. Linneo definió al ser humano por su capacidad de formarse una imagen de sí mismo. La entrada *Homo* —que su obra *Sistema de la naturaleza* adscribe a los primates, con lo

que el ser humano queda evidentemente situado dentro del reino animal— se complementa con el rasgo de la sabiduría (*sapientia*), nuestra característica por excelencia (*summum attributum*). En consecuencia el ser humano se define por la exhortación a conocerse a sí mismo. Junto a la entrada *Homo*, Linneo añade un lapidario *nosce te ipsum* que se remonta a Sócrates: la divisa y la misión de la filosofía es y sigue siendo el antiguo «conócete a ti mismo» (*gnôthi sauton*) del oráculo de Delfos, que Sócrates había relacionado con la sabiduría (*sophia*) y que Linneo citó en su traducción latina. Como las filósofas y los filósofos se deben al amor a la sabiduría (según cabe traducir la palabra griega *philosophia*), se requiere su intervención donde quiera que se plantea la pregunta de quiénes somos los seres humanos.

La filosofía trata del autoconocimiento. Esto incluye ahondar también en nuestro tiempo de ocio. En tanto que seres vivos espirituales somos libres, de lo que se deriva el valor de la autonomía, de la acción responsable, que en la actualidad vive sometido a mucha presión, también en el corazón de Europa. Para situar en su relación más adecuada valores como la libertad, la igualdad y la solidaridad, y reconquistar con ello la confianza en la competencia de la democracia *liberal* como solucionadora de problemas, es imprescindible situar de nuevo al ser humano, como ser vivo espiritual y libre, en el centro de la sociedad. A este respecto la libertad siempre es también una libertad *social* porque somos seres prosociales, incapaces de hacer nada sin asociarnos con otros. Libertad y sociedad, individuo y colectivo no se contradicen. Una persona no es más libre por estar más sola, puesto que la mayoría de lo que como seres humanos nos interesa deja de resultar factible en ausencia de otros. La libertad es algo que logramos en común, no algo que nos enfrenta.

Usted y yo tenemos mucho en común. Compartimos como mínimo la característica de ser humanos; y esto supo-

ne muchas más cosas en común: tenemos deseos, esperanzas, miedos; nos hemos encarnado en un cuerpo como seres vivos finitos, perecederos. *Formamos parte de la naturaleza*. La física moderna enseña que existen leyes naturales y fuerzas que determinan todo lo material. En la medida en que somos materiales y nos hemos encarnado como animales, no somos ninguna excepción a este respecto. La biología y la medicina humana modernas nos han enseñado además que nuestros cuerpos son, en un plano elemental, cuerpos «animales»,⁴ por lo que comparten muchas estructuras básicas con otros seres vivos.

Todos los seres vivos que conocemos constan de células (o son unicelulares, idénticos a una única célula); a su vez las células constan de elementos que cabe estudiar por medio de la bioquímica y la física. De ello se ocupan las que hoy se denominan como *ciencias de la vida* (medicina, bioquímica, biología molecular, bioinformática, genética, farmacología, zoología, trofología, neurociencias, etc.), cuyo objeto de investigación son los procesos y las estructuras de lo vivo.

En el transcurso de la Modernidad se han añadido a la física y las ciencias de la vida conocimientos sobre el comportamiento de los seres humanos y otros seres vivos, que hoy se estudian mediante las *ciencias de la conducta*, como pueden ser la psicología, la ciencia cognitiva, la economía del comportamiento y la sociobiología. De ello se deriva que, en tanto que seres humanos, se puede descifrar hasta cierto punto cómo somos en diversos planos de nuestra existencia (desde la célula hasta agrupaciones sociales como la familia, el núcleo de los amigos e incluso el conjunto de una sociedad) y por lo tanto también se nos puede dirigir, en cierta medida. Muchas de las incontables decisiones que tomamos cada día, de forma consciente o inconsciente (a qué hora desayunamos; con quién quedamos; cuánto rato nos lavamos las manos; por qué lado de la acera caminamos; si dormimos boca abajo o boca arriba,

etc.), pueden explicarse científicamente al detectarse en ellas patrones más o menos generalizados.

Consiguientemente el ser humano es accesible desde lo que en filosofía se conoce como **punto de vista de la tercera persona**;⁵ es un objeto de estudio (uno entre otros) de las ciencias naturales y sociales. A esta dimensión de la existencia humana es a la que se refiere el título de este libro: *El ser humano como animal*.

La historia, no obstante, no concluye aquí; pues a pesar de todos estos conocimientos modernos de las ciencias de la naturaleza, de la vida y del comportamiento con respecto a la animalidad del ser humano, aun así sentimos que no acabamos de encajar plenamente en la naturaleza. *El ser humano no es* solamente *un animal*. De aquí el subtítulo del presente libro.

No somos solo fenómenos naturales; para empezar, porque nosotros explicamos los fenómenos de la naturaleza. Que seamos capaces de explicar fenómenos naturales y con ello también los aspectos de nuestra vida que son irracionales nos separa de la irracionalidad.

En ello ha incidido también recientemente el conocido científico cognitivo Steven Pinker, que nos recuerda que la lógica, la matemática y el pensamiento crítico ya fueron aplicados incluso por nuestros antecesores remotos, con el fin de cazar y alimentarse mejor, y se han utilizado durante miles de años para construir una relación estable con otros grupos humanos y el medio ambiente que compartimos. Como seres humanos hemos sido y seguimos siendo fundamentalmente racionales, lo que no significa que no podamos cometer errores, como han demostrado los descubrimientos de la moderna psicología, el estudio del comportamiento, etc. Derivar de esos errores la conclusión de que por desgracia no somos racionales —además de que, para empezar, no dejaría de ser una conclusión racional— sería un error.⁶

En la Modernidad hemos descubierto que el «animal que hay en nosotros» actúa en respuesta a fuerzas, procesos, instintos e impulsos no racionales; pero no es algo que se pueda aplicar a la totalidad de nuestra existencia, pues de lo contrario valdría también para la propia explicación racional. Por un lado sabemos que en nuestras decisiones intervienen sesgos cognitivos (*cognitive biases*) y «ruido» (*noise*), esto es, fundamentos de la decisión que se deben a reglas irracionales. Pero por otro lado a este saber, este autoconocimiento, no le subyacen esos mismos sesgos cognitivos, pues de lo contrario no podríamos proporcionar una información racional sobre los límites de nuestra racionalidad. Antes bien se trata de un conocimiento objetivo, apoyado en la solidez de los métodos científicos: conocimiento desde el punto de vista de la tercera persona. En pocas palabras: existe un conocimiento objetivo sobre nosotros como objetos y como sujetos.

La teoría de la evolución, la psicología profunda, la sociología y el estudio conductual, en especial la economía del comportamiento, han mostrado de hecho hasta qué punto nuestro pensamiento y nuestra acción individual y colectiva responden a fuerzas y regularidades que no podemos controlar del todo. Como muy tarde desde la publicación de los superventas del psicólogo, y premio Nobel, Daniel Kahneman es de todos conocido que no somos tan racionales y sensatos como nos gusta creer.⁷ Nuestros impulsos, deseos y estados mentales interiores nunca dejan de formar parte de los fenómenos naturales y en consecuencia están marcados por principios que no están en nuestra mano. Una parte de nuestro yo, el ser animal, nuestra «animalidad», parece estar dirigida precisamente desde el exterior: por leyes naturales, la evolución, la sociedad, etc.

Así, por ejemplo, insistimos obstinadamente en ciertas convicciones aun cuando ya poseemos informaciones que las contradicen; es lo que se conoce como sesgo de confirmación

(*confirmation bias*). La lista de las ilusiones y los sesgos de la cognición es larga, y todos sabemos que nuestra perspectiva sobre la realidad social y natural no es en ningún modo automáticamente correcta, sino que requiere de correcciones constantes. Sin embargo son limitaciones que, como digo, se pueden ir corrigiendo, ya sea en común o trabajando en nosotros mismos.

El hecho de que podamos corregir los sesgos cognitivos mediante la psicología, las ciencias sociales y la práctica cotidiana de los procesos decisorios demuestra que tales sesgos no son necesarios por naturaleza. Somos libres y no dejamos de serlo, por mucho que —debido a que solo podemos percibir y pensar de una manera selectiva— siempre cabe la posibilidad de equivocarse.

La pregunta de qué o quién es el ser humano no ha recibido todavía una respuesta definitiva. Pues hoy aún no sabemos en qué consisten con exactitud nuestra conciencia y nuestro espíritu, sin los cuales ni siquiera podríamos pensar en nosotros como fenómenos naturales. No existe tan solo el punto de vista de la tercera persona, la perspectiva exterior sobre nosotros mismos, sino que también existen más cosas: existimos nosotros (por ejemplo, Usted y yo). No compartimos únicamente estructuras bioquímicas como el genoma humano, sino también el hecho de ser sujetos, es decir: adoptamos cada uno nuestro propio **punto de vista de la primera persona (subjetividad)**. A ello pertenecen la realidad de nuestros sentimientos y pensamientos, y también nuestra perspectiva sensorial y nuestra percepción de la realidad. El enigma del ser humano no puede resolverse de una forma exclusivamente objetiva, en el sentido del punto de vista de la tercera persona. No existe ninguna perspectiva exterior sobre la humanidad que podamos adoptar para evaluar desde ahí el sentido de la vida o reconocer por el contrario que nuestra vida carece de sentido.

Incluso la más objetiva de las practicantes de las ciencias naturales —por ejemplo una cirujana que opera a corazón abierto— tiene una perspectiva subjetiva sobre lo que sucede. A fin de cuentas esa cirujana tiene que ver el corazón que está operando y debe proceder con profesionalidad y contención, lo que requiere de un importante trabajo personal. Los historiadores científicos Lorraine Daston y Peter Galison han demostrado de un modo impresionante en su libro *Objectivity* que la historia de la objetividad consiste en desarrollar un ideal de comportamiento científico tal que nos permita conocer los fenómenos naturales con la mayor neutralidad posible.⁸ Pero no hay objetividad sin la subjetividad correspondiente; la objetividad no pasa de ser un ideal al que aspiramos, pero que nunca realizamos completamente.

En las páginas siguientes se trata, ni más ni menos, de investigar la relación de la naturaleza y el espíritu en el punto de intersección del ser humano y el animal. En el ser humano como animal, la naturaleza y el espíritu se dan la mano. El estudio del ser humano por sí mismo se denomina **antropología**; cuando a este respecto nos consideramos como animales, se habla igualmente de **antrozología**. En el presente libro, para reflexionar sobre el ser humano como animal me guiaré tanto por los conocimientos actuales de la ciencia como por las contribuciones de la filosofía contemporánea.

El ser humano es el tema transdisciplinar por antonomasia. Quiénes somos y quiénes queremos ser no puede evaluarse desde la perspectiva de una única ciencia o rama de las ciencias (por ejemplo, la de las ciencias naturales). Y las ciencias que aportemos como disciplinas académicas para la reflexión y el estudio tampoco agotarán nuestra humanidad. Las artes, la política, el sentido común, la economía y el mundo laboral, los medios de comunicación y nuestra experiencia vital son acciones humanas que también son, todas ellas, formas de autoconocimiento humano.

En este contexto, el presente libro se dirige, desde una perspectiva filosófica, a quienquiera que se pregunte en qué consisten el hecho de ser humanos y el sentido de la vida, y cómo podemos conciliar nuestra sociedad del conocimiento con la idea de que la omnisciencia será siempre una meta inalcanzable. Nos guste o no, la compleja situación de crisis que la humanidad está viviendo en este siglo XXI no demuestra tan solo lo que conocemos (por ejemplo, con respecto a la crisis ecológica), sino también nuestro desconocimiento y nuestra impotencia. Por eso debemos variar nuestra forma de pensar y adaptar la acción a las circunstancias novedosas de este siglo, lo que también supone aprender por fin de aquellos que han sido y son víctimas de la moderna manía controladora y la destrucción de la naturaleza. La racionalidad y el autoconocimiento humanos pueden adoptar muchas formas de las que también podemos aprender. Así lo ha puesto de relieve por ejemplo Tyson Yunkaporta en su destacado libro *Sand Talk*, en el que recomienda utilizar el conocimiento indígena (él mismo pertenece a un clan de aborígenes de Australia, los apalech) como modelo dinámico para el abordaje de la complejidad y las crisis.⁹

La tesis según la cual el ser humano es el tema transdisciplinar por antonomasia, que a todos nos afecta, se desarrollará desde la perspectiva de las ciencias del espíritu, que deben su nombre —más que acertado— al hecho obvio de tener al espíritu como sujeto y objeto del estudio científico. Por espíritu (*Geist*) no entiendo aquí, entre algunos sentidos posibles, ni un «fantasma» ni tampoco una reliquia de ninguna clase de pensamiento metafísico o religioso supuestamente pasado o superado. Defino el **espíritu** en general como la capacidad de guiar la propia vida a la luz de una concepción de quién o qué es uno mismo. Somos seres vivos dotados de espíritu: tal es la **tesis fundamental del neoexistencialismo**.¹⁰

El ser humano es el animal por excelencia: cuanto sabemos sobre el ser animal procede del estudio propio, puesto que si desde hace milenios nos interesamos por «los animales» es ante todo porque dista de estar claro cómo se relacionan entre sí los seres humanos y los animales. Toda reflexión sobre «los animales», en consecuencia, trata también sobre nosotros mismos. Gracias a la concepción de nosotros mismos como animales, los seres humanos somos el prototipo del ser animal. El concepto de animal —según expondré— revela más sobre los seres humanos que sobre unos «animales» de los que nos hemos estado diferenciando falsamente durante milenios.¹¹

Dado que, al ser animales, formamos parte de la naturaleza, estamos entretrejidados con lo vivo, de modo que nuestra acción debe contemplarse siempre también ecológicamente, en relación con otros seres vivos y con nuestro hábitat común: el planeta Tierra. Quiénes somos y quiénes queremos ser también nos mostrará qué deberíamos hacer o renunciar a hacer.¹² En el proceso de autoconocimiento de la humanidad, el *ser* y el *deber* se dan la mano.

Es evidente que la concepción actualmente vigente del ser humano y del mundo está topando con sus límites planetarios. Hoy es sabido de todos, y así lo admiten incluso los ministros de economía y los economistas más reputados, que existen «límites del crecimiento», como bien expuso hace ya cincuenta años, en 1972, el Club de Roma en su «informe sobre el predicamento de la humanidad» y de la economía mundial.¹³

Debemos dejar atrás la idea de que el progreso científico-natural y tecnológico, en tanto que motor de un crecimiento económico puramente cuantitativo, puede desacoplarse del progreso

moral y humano; pues esta idea falaz lleva al ser humano a la autodestrucción. Expresa una relación insana con nosotros mismos que es necesario comprender y superar.

La relación con nosotros mismos la expresamos de forma individual y colectiva, como persona y como sociedad, con valoraciones fuertes. En toda sociedad circulan visiones sobre la buena vida. En este contexto, las páginas siguientes tienen que ver también con el **sentido de la vida**. Como el ser humano es un «animal», pero no solo un «animal», el sentido de la vida no se agota con la planificación individual y sociopolítica de nuestra supervivencia. Vivir es más que sobrevivir.

En consecuencia intentaré relacionar el pluralismo liberal de las diversas formas de vida individuales —que en el siglo XXI aún me parece sostenible— con la cuestión del sentido de la vida. Para ello nos será útil recurrir a la filosofía contemporánea. La filósofa estadounidense Susan Wolf ha propuesto concebir el pluralismo liberal («cada uno debe ser feliz a su propia manera») como una búsqueda del sentido *en* la vida. Esto puede adquirir formas distintas para cada uno. Sin embargo no excluye que pueda existir un sentido *de* la vida, que todos compartamos y sirva de fundamento al pluralismo liberal. Nuestra Constitución lo expresa con un reconocimiento expreso de la dignidad humana, herencia de la tradición ilustrada. Reflexionar sobre nuestro ser animal, la vida y el sentido de esta acarrea consecuencias políticas.

En el marco de una Nueva Ilustración «en la era de lo vivo» (*à l'âge du vivant*, por utilizar la afortunada expresión reciente de Corine Pelluchon),¹⁴ podemos entender el sentido *de* la vida como nuestra misión moral. Esto coincide con un despertar que se constata en la sociedad actual, asociado al anhelo de hallar una nueva comunidad humana capaz de corregir la compleja situación de crisis en que nos hallamos. La

misma idea del mandato o la misión humana puede expresarse con una expresión de Yunkaporta, para quien somos «custodios de la realidad» (*custodians of reality*).¹⁵

Para la transformación ecológica que la humanidad debe emprender necesariamente en este siglo se requiere una reformulación normativa del cambio social y, con ello, también de la ética. No podemos seguir fiándonos de la falsa promesa moderna de que las ciencias naturales y la ingeniería, en colaboración con los economistas, resolverán los problemas políticos fundamentales y, de paso, tomarán por nosotros las decisiones genuinamente normativas sobre quiénes somos y quiénes queremos ser.

Que el ser humano tenga una concepción de sí mismo acarrea consecuencias políticas. La perceptible crisis de la democracia, observada también por numerosas sociólogas y politólogos, obedece asimismo a que exigimos que la política vaya más allá de distribuir los recursos con destreza. En épocas de crisis resulta esencial lo que suele designarse con el nombre acrítico de «comunicación». Pero en realidad para dar seguridad a sus poblaciones las políticas y los políticos no deberían tan solo *comunicar* acertadamente sus decisiones; sino que deberían *justificarlas razonadamente*, explicitando qué valores han adoptado. Así, por ejemplo, las personas afectadas por las catastróficas inundaciones del valle del Ahr (de donde yo mismo procedo) no reclaman únicamente que se comuniquen bien las decisiones que se han tomado después de la catástrofe; también exigen que se busquen soluciones en común y fundamentadas en valores. A la hora de reconstruir las regiones destruidas, deberíamos guiarnos por modelos ecológicamente más sostenibles.

Entre los conocimientos de la ciencia moderna figura necesariamente el conocimiento de sus propios límites. Sabemos

que hay muchas cosas que no sabemos. Las crisis en las que nos encontramos requieren que lidiemos con la complejidad, la inseguridad y todo lo que ignoramos. Nos hace falta, por lo tanto, una *ética del desconocimiento*.

El pensamiento fundamental que atraviesa este libro es la idea de que investigar sobre nuestro ser animal nos permitirá aprender a admitir que la naturaleza —tanto la exterior a nosotros como la interior— es profundamente extraña y no podemos ni deberíamos dominarla. Nunca podremos descifrar y controlar la naturaleza por completo. Los seres humanos dependemos de procesos naturales que ni de lejos podremos entender hasta el punto de ser capaces de establecer un paraíso tecnocrático sobre la Tierra. Es necesario despedirse de esperanzas vanas como la ilusión de colonizar otros planetas en los que empezariamos de nuevo (por ejemplo, Marte) o la fantasía aún más absurda de que podremos cargar nuestra conciencia, como si fuera *software*, en unos cuerpos plásticos indestructibles (como en la serie de televisión *Westworld*). La pandemia del coronavirus ha puesto de manifiesto, de una forma muy clara para todos, tanto nuestra vulnerabilidad como la complejidad de nuestras sociedades.

La complejidad y la vulnerabilidad ya existían antes de la pandemia, pero estaban ocultas bajo la «demoburocracia» (Niklas Luhmann), es decir, no éramos conscientes de ellas porque en particular nuestro sistema de salud funcionaba relativamente bien para la mayoría de nosotras. La conciencia de que el ser humano es un animal vulnerable, expuesto a las transformaciones ecológicas —de las que además es en parte responsable—, no debe faltar en la política. Como los seres humanos no somos solo animales, sino que estamos dotados de espíritu y tenemos la capacidad de comprender éticamente las relaciones morales, la antropología, la ética y la política resultan inseparables.

La Nueva Ilustración requiere que apliquemos más ciencias (sobre todo las sociales y del espíritu, al mismo nivel que las

ciencias naturales, de la vida y del comportamiento) para elaborar un autorretrato más preciso del ser humano. Sin embargo también requiere una ética del desconocimiento, basada en admitir que no vivimos —ni de lejos— en una era de pleno saber y dominio de la naturaleza. Los avances de la técnica y el conocimiento en la Modernidad, sin duda, han sido impresionantes y en parte deseables; pero ya no debemos engañarnos más con ellos: hay una gran cantidad de cosas, una cantidad indeterminada y quizá incluso infinita, que no sabemos ni llegaremos a saber nunca. Por muy amplio que sea nuestro conocimiento de la naturaleza, lo que no conocemos es aún mayor (y hoy *sabemos* que es así: se ha evidenciado que el universo observable consta en un 95 % de materia oscura y energía oscura, que no podemos estudiar de una forma directa y experimental). La realidad va mucho más allá que el conocimiento al que podemos aspirar. No se trata de una simple suposición: lo sabemos. Sabemos de forma fehaciente que hay muchas cosas que no sabemos.

Como veremos, Sócrates estaba en lo cierto. Aunque aquí conviene precisar que el filósofo griego no afirmó que no sabemos nada, sino más bien que podemos llegar a ser conscientes de que desconocemos muchas cosas. La sabiduría socrática es una forma de conocimiento, en ningún caso un culto escéptico a la ignorancia. El ser humano como animal puede ser consciente de que desconoce muchas cosas; es sencillamente esto lo que Sócrates consideraba sabiduría. Linneo se atuvo a esta idea en su definición de la especie humana como *Homo sapiens*, pues *sapiens* no significa «sabio», sino «capaz de saber». El ser humano, como ser vivo dotado de espíritu, es el animal filosófico capaz tanto de transformarse históricamente a sí mismo como de transformar la realidad no humana por el hecho de que es capaz de formarse un concepto de sí mismo. Así pues, ¡emprendamos juntos el camino de sondear nuestro ser humano y animal, el sentido de la vida y las profundidades de nuestro desconocimiento!

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
---------------------------	----

PRIMERA PARTE

NOSOTROS Y LOS OTROS (ANIMALES)

El animal lógico: cómo se convierte el ser humano en animal	33
El <i>algo</i> específico	36
La naturaleza no es un safari	42
El Antropoceno como presunción	48
Tejidos, no un árbol: plantas, murciélagos, hongos ...	54
¿Continuidad, discontinuidad o, de algún modo, las dos cosas?	59
El conflicto ficticio	63
¿Qué significa en realidad que nos concebamos a nosotros mismos como animales?	70
¿Por qué no somos anfibios?	77
La palabra «animal». ¿Por qué no existe el zoo?	80
Animalismo, <i>The Prestige</i> y <i>La anomalía</i>	83
¿El ser humano como animal como máquina?	90
¿Animales como nosotros? Los valores de Korsgaard	98
Alice Cary: <i>Inside Ethics</i>	108

Subjetividad y objetividad. ¿Por qué no somos extraños en la naturaleza?	113
Nueva Ilustración en la Era de lo Vivo	121
Las cuatro preguntas de Kant. El ser humano como pregunta-respuesta	126
El ser humano como el animal que nadie quiere ser . . .	132

SEGUNDA PARTE

EL SENTIDO DE (SOBRE)VIVIR

La idea fundamental del pluralismo liberal	146
La historia de la vida	153
La idea de la vida	157
Vivir y sobrevivir. La forma básica de la sociedad humana	164
¿Queremos vivir para siempre?	169
El sentido <i>en</i> la vida	175
El sentido de la vida no es un sinsentido	181
La ausencia de sentido sí es un sinsentido	185
¿Fronteras del pluralismo liberal?	188
Quiénes somos y quiénes queremos ser. Autonomía radical y Nueva Ilustración	197
La libertad social y el sentido de la vida	207
Por qué las ciencias no han descubierto que la vida no tiene sentido	214
Volver del espíritu a la naturaleza	223

TERCERA PARTE

HACIA UNA ÉTICA DEL DESCONOCIMIENTO

Naturaleza, medio ambiente, universo	245
En sí y para sí...	257
¿Las ciencias naturales son ficciones?	261

Límites del conocimiento científico-natural	267
Alteridad: hacia una ética ecológica	274
Infracomplejo, complejo, supercomplejo	281
<i>Homo sapiens</i> o la máxima de Sócrates	287
Opiniones, conocimiento y la Idea de Bien	290
Una vez más: existen hechos morales y hechos éticos de factualidad demostrada	297
Desconocimiento	304
Ética del desconocimiento	310
<i>Agradecimientos</i>	315
<i>Notas</i>	319
<i>Glosario</i>	367
<i>Índice onomástico</i>	383